

Recordar, compartir, aprender

Santander

Leticia Pozas Rivas, 87 años

Gilberto Jara, 23 años

EL ROBLE QUE NUNCA CAYÓ

“Operaciones contra la cábila de Beni-arós”, este es el titular de un miércoles 13 de julio de 1921 en un extraño formato del periódico La Vanguardia, ese fue el día en que el mundo vio nacer a Leticia Pozas, y Santander tuvo la fortuna de darle la bienvenida, tan solo más de 32.000 días y contando, son los que nos separan de aquel cálido verano.

Calle Arriba, es el nombre donde se encuentra el CAD Santander, y al llegar comprendí el porqué del acertado nombre de la calle, enorme edificio en una zona que desconocía completamente, una enfermera fumando y un adulto acompañándole fue lo primero que vi al llegar. La puerta se abrió, mis pies temblaban, nervios disfrazados de sudor, me inundó un ambiente añejado, no desagradable más bien singular. De pie esperando en la recepción, la mire y me fue imposible creer que tanta fuerza y juventud irradiaran de ese par de ojos, pequeña, pero grande a la vez.

“Gilberto es mi nombre, soy mexicano”. Noté un peculiar suspiro cargado de júbilo cuando le dije la parte de mexicano, hasta entonces desconocía por qué. Unas hojas en la mano, paso corto pero rápido, mirada fija un tanto dispar debido a una enfermedad, cabellera blanca no de vejez, más bien de madurez y experiencia, voz fuerte y entendible, sonrisa brillante y sobre todo alegre. Sin duda estos rasgos a primera vista, me hicieron dudar de su edad.

Española de nacimiento, y mexicana por adopción, Leticia Pozas, esta es su historia. Nacida en casa, como se acostumbraba, en chalet rodeado de huertas y fincas sembradas, era una ciudad totalmente distinta aquella Santander, sin tráfico, donde se podía jugar por las calles, tal cual lo hacía Leti, que creció acompañada de su inseparable amigo, jugaban todo el tiempo, en especial a los indios, asaban patatas y lo pasaban de maravilla. Lamentablemente, llegaría una gran pérdida para Leti, cuando su amigo enfermó de peritonitis y falleció, debido a la falta de medicamento ya que no se contaba con penicilina. Su madre la envió con su tía para que no sufriera al ver el entierro de su pequeño amigo. “Seguí mi vida”, cuenta Leti, como un relato de bellos momentos de la infancia.

Hija de don Domingo Pozas Acebo, una persona estricta pero flexible; recto pero asequible; bilingüe y hasta poliglota; sereno pero cariñoso, educado en Estados Unidos, que después de un periodo por aquella tierra, decidió volver para instalarse en Santander donde conoció a doña Asunción Rivas Callejos; cariñosa, paciente y muy fuerte. No esperaron para casarse, una pareja bastante joven a la mirada moderna del tiempo de hoy. Leti fue hija única, creció en una familia amorosa, rodeada de sus abuelos, tíos y primos, fue muy querida por todos, el ambiente idóneo para una niña como ella. Asistió a la escuela laica donde tenía que estar prácticamente todo el día, en su familia nunca faltó nada, gracias al trabajo duro y constante de su padre y a la buena administración de su madre, tiempos prósperos a punto de colapsar desgraciadamente, tal cual lo hace un castillo de naipes al más ligero chasquido.

El silencio fue el adorno desagradable del recinto, Leti hizo una pausa, una breve pausa en la que viajaron recuerdos de la mano del señor dolor y la señora tristeza, de esos recuerdos que no matan pero ¡como duelen!, “hasta que llegó la maldita guerra”; dice Leti. Cuenta cada momento de su adolescencia como si hubiese sido ayer con voz viva y segura. Don Domingo tuvo que partir al conflicto, en cierta medida obligado. Dejó la consigna a un primo político de sacar a Leti y a su madre, cuando el conflicto llegase a Santander, y así, partió don



Domingo, firme sin trastabillar al frente, aunque su función era meramente de administración e inteligencia.

Estruendo en el mar, pánico en la tranquila Santander, sirenas unisonas al horroroso canto de emergencia y precaución, Leti salió corriendo por su abuela, sin temor alguno, para llevarla al refugio, las cosas se ponían cada vez más tensas y densas, un día de esos, su abuela mandó llamar a Leti y a su madre para que partieran con el tío político que tenía la consigna de sacarlas de allí, pero este se había marchado sin dejar rastro alguno, así que tuvieron que escapar a escondidas con el hermano mayor de su madre que era pescador.

Llegaron a Puerto Chico con cautela y en silencio, para no ser descubiertas como si fuesen ladrones en plena fuga, cogieron un bote y se acercaron al barco, lo abordaron sin escala alguna, sin nada, aun no se explica de qué forma lo hicieron, sin embargo nos gusta pensar que fue una fuerza divina llamada milagro.

Así partieron de Santander con una pena en el alma, por dejar su tierra querida. Durante el viaje dormían en la bodega del barco, su madre lo pasó muy mal con los mareos de la travesía devolviendo hasta la bilis, pero más aun por el recuerdo de su querido Domingo. En alguna ocasión estuvieron a punto de perecer por una avería en el casi jubilado navío pesquero. Todo el tiempo tuvieron sus documentos personales cerca, listos para ser arrojados por la borda al hambriento mar cantábrico en caso de alguna revisión del enemigo. Hicieron un alto en Asturias y continuaron a un puerto francés donde desembarcaron, y continuaron el viaje por tierra.

“Tres años! Tres años!”, esas fueron las crudas palabras y carcajadas de algunos franceses para con los refugiados españoles y es que el fermento de esas burlas se basaban en su propia historia, impotencia, enojo, rabia fue lo que Leti debió sentir al ver como una parvada de ignorantes reían de la pena y desdicha de otros; “Dios los perdone”.

Arribaron a Cataluña, a la localidad de San Quirico, y como si fuesen mercancía nueva en escaparate de rebajas, fueron elegidas por la gente del pueblo para ser “ayudados desinteresadamente”, a cambio de un poco de trabajo en sus hogares. Leti y su madre no quisieron separarse, así que fueron enviadas a una mansión lejana del pueblo, rodeada de un hermoso bosque que despedía un aroma a naturaleza fresca y pura, a la par de un sereno y limpio río, una combinación perfecta en el sitio perfecto... pero no en el momento perfecto, contraste desagradable con la situación de ese momento.

En la casa había unos niños hermosos, y un señor muy bueno que era sacerdote, todos los días rezaban el rosario. Hubo un día en que su madre no pudo soportar mas, y fue con el alcalde del pueblo a decirle que habían recorrido muchos kilómetros para huir de los fascistas como para tener que vivir con ellos, así que fueron enviadas a otra casa donde tenían su propia habitación.

Después, partieron a Barcelona, andando por las calles de esa hermosa ciudad, se encontraron con el tío de Santander; aquel tío que olvido la consigna de su padre. Se sorprendieron al verle y se alegraron a pesar del abandono y del olvido de la tan importante consigna. La emoción que sintieron por verse, ni siquiera se puede escribir en papel, fue como un profundo respiro después de un naufragio en alta mar, como un soplo de esperanza y de alegría, pues a pesar de lo hecho por el tío, Leti y su madre no tenían la capacidad infame del odio y la venganza, nunca menciono el por qué de su olvido, pero Leti lo entiende. Les llevo donde se encontraba su esposa que estaba encinta a punto de traer al mundo a un nuevo ser.

Leti consiguió trabajo en un restaurante que se encontraba en el Palacio de Justicia, propiedad de un amigo de su tío, y con su alegría y sencillez característica consiguió hacerse con un montón de amigos. De nuevo, Leti volvió a percibir el maldito ruido de las bombas caer, ruido de terror, desesperación por la incertidumbre, recuerda como los adoquines caían en la terraza del sexto piso del palacio de justicia, los fascistas entraron pero no con guardia de asalto, sino con guardias civiles, se portaron amables con todos.

Leti tenía amistad con todo mundo, fuese quienes fuese, inclusive con los guardias civiles del Palacio de Justicia. Un día, su tío el pescador fue apresado, era como un niño, inocente, no podría hacer daño a nadie era la persona menos informada sobre el conflicto y nada tenía que ver con la situación de ese momento. Fue a verle y aprovechando la amistad con los guardias, entró por el dormitorio pasando por el pasillo que iba a dar



a las celdas, ahí estaba su pobre tío hecho un guiñapo escuerzo, con las mejillas hinchadas gracias a un golpe en el rostro, le habían sacado la muela del tortazo, en ese momento, y a pesar de su duro pasado, pudo experimentar por primera vez el odio y la rabia contra aquellos que hacían tanto daño a su familia. Gritó y gritó con desesperación, sin importarle nada ni siquiera su libertad y es que las injusticias no las pudo y no las podrá tolerar, nunca había experimentado tal sensación de repugnancia en contra de alguien hasta ese momento, su tío trató de calmarla desde el interior de su sombrío recinto, pero ella era poseída y cegada por ese sentimiento de rabia. El final de un tiempo, su tío fue liberado.

Pasaban y pasaban los días, y Leti crecía, maduraba y se hacía cada vez más fuerte, le llegó la oportunidad de regresar junto a su madre a su tierra tan añorada, a esa bella Santander, sin embargo, no querían partir sin sus primos y sus tíos, así que fueron por ellos, pero cuál fue su sorpresa que aquel tío que un día las abandono, nuevamente hizo lo mismo, hasta el día de hoy. Leti no comprende el motivo de la sorda huida de su tío, pero confía en que tuviera sus razones.

Durante el camino rumbo a Santander, recuerda los cruentos paisajes decorados por cuerpos pestilentes sobre los escombros de una verdad más fría que cruda, triste recuerdo del éxodo a tierra cántabra, que las recibiría con la peor noticia de su vida, la captura, el encierro y el fusilamiento de su amado padre. Un recuerdo del que poco hablamos, un agrio recuerdo, una herida abierta, una herida de pena, dolor y pesadumbre que más que rabia, origina un latir fuerte del corazón de bellos momentos de su vida. “Una bala lo aparto de nuestra vida”, fue lo que Leti dijo.

Las banderas blancas de paz manchadas de sangre ondearon en un país herido en el alma, Leti jamás demostró una lágrima en su rostro por aquellos momentos, porque es fuerte, más fuerte que un roble y eso me admira y sorprende. Al final del conflicto, siguió su vida y nació una vocación, una vocación llamada servicio y a la cual no todo el mundo se aventura a adoptar como parte de su vida. Ella quiso entrar al convento, pero su familia se opuso rotundamente a ello, sin embargo no dejó de perseguir su rumbo, porque no hay fuerza humana más grande que la voluntad y la fe. Así que Leti cumplidos los 22 años, y gracias a una nueva ley de mayoría de edad en una tarde del mes de mayo de 1944 oculta tras las sombras, partió al noviciado de Madrid a comenzar su devota vocación.

Estando en Madrid, recibió una llamada de don José María Pozas: “¿Sabes quién soy?”. “Claro, mi tío”, dijo Leti.

-“Pues si quieres ver a tu madre si quiera muerta, ven de inmediato a Santander”.

-“Creo que mi madre no se ha muerto, y si es así ya no me necesita, así que no me voy”.

Leti estaba más que decidida, convencida y no había palabra ni acción humana para sacarla de ahí. Me la imagino en aquellos momentos como un peregrino perdido en una tormenta del desierto. Cuenta que aquella tarde se dirigió a la capilla, y en aquel momento, libero todas las lágrimas que aguardaban empapar su rostro de sus sentimientos más profundos, y así liberar todas sus penas, pues nunca en toda su vida había llorado de aquella manera. Como toda una guerrera vestida con la armadura de la vocación y el escudo de la vehemencia, se preparó durante dos años, hasta que enfermo.

Apendicitis fue el nombre de su enemigo y a Santander habría que volver. Tuvo miedo del primer encuentro con su madre. Llegó a Santander, y andando por el andén, escucho una voz que le decía: “¿A dónde vas, a donde vas?”.

Era su madre, se miraron de par en par y se dieron un fuerte abrazo, después de ese momento de reconciliación, su madre jamás volvió a intentar apearla del corcel llamado servicio. Al final regreso al noviciado e hizo sus votos como monja.



LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Cuando todo parezca perdido, y la luz este cerca de apagarse, cuando las nubes oculten el brillo del sol, y las tormentas se lleven consigo el canto de los pájaros, cuando tu camino este lleno de piedras y los gritos de la gente en tu contra sean un peso en tu espalda, sé siempre firme y no dudes en lograr todos tus sueños, así parezcan imposibles, porque la voluntad de tus pensamientos siempre superará todos los males.

Leti, desea que su historia sirva como un claro ejemplo de que lo que importa siempre en la vida es ser feliz, porque la vida es un viaje al que todos nos aventuramos y que algún día culminará.

Lleva siempre la felicidad a donde quiera que estés, siempre dentro de ti.

Leticia Pozas, la peregrina de la vida.